

la hermana á quien debería tratar con indulgente caridad.

Es celosa, y sus celos alimentan amargo desabrimiento, que no está compensado con ningún goce. La burla le es familiar: no hay extravagancia que ella no censure, ni simpleza que no haga resaltar con ironías picantes; superiores, iguales, inferiores, á nadie perdona. Siempre burlona, siempre cáustica y mordaz, triunfa cuando puede amenizar una conversación á costa del prójimo.

Su exterior mismo anuncia su mala inclinación á la ironía. Su mirada es escrutadora, algunas veces desdeñosa y maligna; su sonrisa es sardónica y burlona como su lengua.

Conociendo su disposición habitual para la burla, todos procuran precaverse de su lengua viperina, y tratan de complacerla, halagarla y aplaudirla, pero en realidad se la teme y nadie la estima.

Sus mismas amigas, cuando dan ocasión á sus críticas incisivas, no salen mejor libradas que las demás. A lo sumo se abstendrá de herirlas si están presentes, mas en su ausencia las fustigará sin piedad con sus palabras sarcásticas.

El mérito que á sus ojos tiene un donaire ejerce sobre ella un imperio absoluto, y le es imposible hacer el sacrificio de semejante gracia; el vano placer de pasar por mujer de talento sofoca las inspiraciones de la caridad.

Cuanto más se complace en herir á las demás con sus burlas, tanto más se indigna si se permiten mortificarla á ella: diríase que se

considera como una diosecilla que, teniendo derecho de vida y muerte sobre todo el mundo, quiere ser respetada por las mismas víctimas de su crueldad.

Las murmuraciones, aun cuando sean de transcendencia, le parecen á ella bagatelas insignificantes; dice todo lo que sabe, sin reserva y sin embozo; su mala lengua saca á relucir las faltas más ocultas, y la costumbre de hacerlo está en ella tan arraigada que ni siquiera piensa en reservar las indiscreciones que se le escapan.

Si no encuentra suficiente materia para sus murmuraciones en el recinto del convento, hace excursiones por fuera; refiere las faltas que sus antiguas compañeras han cometido, y empaña la reputación de algunas personas del mundo que están muy ajenas de pensar que una religiosa las difame.

No contenta con divulgar lo que sabe, quiere que se le diga lo que ignora para tener el gusto de explicárselo á los demás. Por eso frecuenta el trato de las que son como ella, esperando siempre sacar algo, y huye de las hermanas piadosas y caritativas, que nunca tienen nada que decirle de lo que ella quiere saber.

Saber algo nuevo contra el prójimo es su delicia. Si no le dicen nada, interroga; si le dicen algo escucha con avidez, y da indicios inequívocos de que aquello le interesa y la divierte.

Por más que su conciencia proteste contra estas libertades, ella la trata de escrupulosa y no le importa nada de sus reclamaciones ni de sus remordimientos.

¡Si á lo menos fuese verídica en sus relaciones contra el prójimo! Pero desgraciadamente no es así; obcecada por la manía de denigrar, no calcula el alcance de sus palabras; y si no se permite calumnias formales, lo dice todo con tal exageración que ofende á un mismo tiempo á la verdad y á la caridad.

¿Advierte sus exageraciones después que ha soltado la palabra? Sin embargo, no se retracta de lo que ha dicho, persuadiéndose que en lo sustancial es verdad y que, por lo demás, se ha olvidado ya la palabra imprudente que acaba de proferir.

¿Hay que admirarse de que, no poniendo ningún freno á su lengua, cometa á cada instante indiscreciones, algunas veces graves en sí mismas y en sus resultados?

Por eso nadie le confía secretos importantes; demasiado se sabe que el que revela sin escrúpulo las faltas del prójimo no tendrá mucho escrúpulo de revelar una confidencia. Además, puede tal vez indisponerse algún día, y ¿cómo creer entonces que respetará los secretos de la que haya incurrido en su desgracia?

Con sus discursos más que ligeros introduce la división en la comunidad. Con sus palabras introduce la desunión entre las que son sus amigas, y á las que están ya algo frías unas con otras, las enfría todavía más con imprudentes chismes.

No esperéis de ella lo que llamamos atenciones, miramientos, afabilidad, favores de amiga: éstos son frutos de la caridad, y la caridad es una virtud de la que sólo conoce el nombre.

Que nadie se permita faltarle, porque jamás lo olvidaría; la más estrecha amistad no sería nada para ella, porque la rompería al instante como se rompe un cristal, y la reemplazaría con la mala levadura de amargo y virulento rencor.

No sólo no se humilla la primera cuando tiene algún resentimiento con una de sus hermanas sino que, si la otra se adelanta caritativamente, la recibe con frialdad.✠

Casi se podría preguntar si hay sitio para un afecto verdadero en su corazón frío y seco. Como la caridad no lo anima con su llama, ignora la dulzura de un tierno cariño, y si ama á alguno es á sí misma y á sí sola.

¡Qué diferencia, qué contraste entre un corazón así dispuesto y el corazón de Jesús, que amaba á todo el mundo y á sus propios verdugos como á los demás, y que de ellos decía: «Padre mío, perdónalos, que no saben lo que hacen!»

## VII

## Últimos avisos.

Nunca se aprende mejor la virtud, dicen los santos, que poniéndola en práctica. Pero tampoco se adquiere prácticamente, sino al tenor de los deseos que se tienen de adquirirla.

Este deseo de la virtud no existe sino en cuanto se la ama, y no se ama la virtud sino conforme á la estima que de ella se hace.

Lo que hasta ahora hemos dicho nos parece muy propio para hacernos estimar, amar y practicar *la caridad fraterna*; sin embargo,

vamos á indicar todavía algunos pensamientos que fortificarán las resoluciones que Dios nos ha inspirado.

1. Sabed bien, ante todo, que *sin la caridad fraterna es imposible salvarse*. Este es un precepto del mismo Jesucristo y uno de los más esenciales de nuestra santa religión.

Se puede, no hay duda, dice santo Tomás, cumplir el precepto de la caridad de diferentes maneras, y con tal que se cumpla, de una manera ú otra, ya basta en rigor; mas es preciso, sin embargo, *cumplirlo realmente* (1).

Hay también grados en la virtud de la *caridad fraterna*: algunos son puramente de consejo; por ejemplo: *preferir siempre nuestro prójimo á nosotros mismos; no rehusar jamás el hacer ó soportar cualquier cosa que sea por amor del prójimo; dar la vida, si es preciso, para proteger la del prójimo*.

Mas hay un grado de caridad que es de absoluta necesidad; este grado es *amar al prójimo como á nosotros mismos*.

Nada más claro. Si amamos al prójimo con un amor semejante al que nos tenemos á nosotros mismos, nuestra conciencia puede estar tranquila; pero si no tenemos este amor, violamos la *ley de la caridad* en uno de sus puntos esenciales.

2. Cada virtud, sea teologal, sea moral, tiende á hacernos adquirir la caridad, y en la caridad, dice santo Tomás, *consiste la perfec-*

(1) *Quælibet charitas sufficit ad salutem.*

*ción de la vida cristiana* (1). Tened cuidado, pues, las que algunas veces hacéis escrupulo de faltar á la puntualidad, de omitir, aun por motivo de caridad, alguna de vuestras oraciones; las que os mostráis tan celosas en reprender á vuestras hermanas por un ligero descuido, tan tenaces en rehusar la autorización para comer carne en un día de vigilia; las que os mostráis tan rígidas en los más menudos detalles, pero que sois á sabiendas y voluntariamente severas en vuestros juicios, obstinadas en guardar rencor y en no hablar á una hermana que os ha faltado; intransigentes en lo tocante á vuestra dignidad; imperiosas para defender vuestros derechos; desdenosas para con las que tienen menos talento; envidiosas de las que consiguen mejor éxito; hábiles en patentizar las equivocaciones y simplezas de las demás; tened cuidado, y ved si no hacéis más caso de lo que es de *consejo*, que de la *caridad que es de precepto*.

3. La caridad de precepto reside principalmente en el corazón; y como nunca se puede decir, por mucho que se haga, que *se ama demasiado á Dios*, tampoco nunca se puede decir que *se ama al prójimo demasiado*, porque el amor cristiano *no tiene límites*. Puede haber exceso en las demostraciones exteriores del amor, pero jamás lo hay en el amor mismo que no puede separarse de la benevolencia del corazón. Amemos, pues, á nuestro prójimo tanto

(1) *Per se et essentialiter consistit perfectio christianæ vitæ in charitate.* (2.<sup>a</sup> 2.<sup>æ</sup>, q. 184.)

como podamos, jamás *traspasaremos* los límites del precepto y *siempre* deberemos repetir las palabras del Evangelio: *No hago más que lo que debo hacer* (1).

4. Volvamos todavía *por* última vez, pero más explícitamente, sobre la necesidad de *so-*  
*brenaturalizar* nuestra caridad fraterna. Este último punto es esencial, sobre todo para aquellas almas que tienen una naturaleza más amante y más generosa, que se encariñan con sus hermanas con extrema facilidad, y para quienes *ser afectuosas, manifestar su afecto,* parece ser en cierto modo una necesidad inherente á su naturaleza.

No es simplemente *el amor*, es decir, *el afecto y la generosidad*, lo que la ley evangélica ordena, sino *el amor de caridad* que tiene á Dios por último fin, y que ama al prójimo porque *á través de él y en él* ve siempre á Dios, y porque amándole obedece á Dios y contenta á Dios.

Por más que se ame al prójimo con ese amor instintivo que da la Naturaleza, y que es una necesidad imprescindible para ciertas almas más delicadas, tal amor *no sirve de nada para el cielo.*

El amor que conduce al cielo es una impresión del Espíritu Santo, por la cual nuestra voluntad se entrega al servicio del prójimo por amor de Dios, de tal manera, sin embargo, que no es la voluntad sola ni el Espíritu Santo solo quien obra este amor, sino la voluntad *preve-*

(1) El P. de Bergame.

*nida, excitada* por el Espíritu Santo y obrando según ese impulso.

Este amor es un *dón de Dios*, y dice san Agustín que es preciso pedirle al Señor constantemente. *Charitas a Deo; oremus ergo ut ab illo detur a quo jubetur.* Si no amamos como debemos, es porque nunca pedimos á Dios la gracia de *amar como quiere que amemos.*

#### ARTÍCULO 4.º

##### Recompensa del amor al prójimo.

*¡Dios mío!*, exclamaba un santo. *¡Por qué no nos amamos todos como vos lo ordenáis? ¡Ah!*, añade después de un momento de reflexión. *¡Sería esto demasiado bello, demasiado hermoso! ¡Apenas tendríamos ya que envidiar en el cielo!*

Amarnos todos como quiere Jesucristo, es decir, ser los unos para los otros lo que es una madre para su hijo, atenta á todo lo que pueda serle útil ó agradable, viviendo de su vida, sufriendo con sus dolores, sonriendo con sus sonrisas.

Amarnos todos como quiere Jesucristo, es decir, tener los unos para con los otros aquellos cuidados que prodiga á su madre enferma la joven tierna y cariñosa; ella la vela de noche y no la deja de día, adivina por el movimiento de sus labios lo que reclama su enfermedad..... y desfallecida ella misma, no dice jamás: *Estoy cansada.*

Amarnos como quiere Jesucristo, es decir,

unirnos mutuamente con aquella amistad que une á dos hermanas y las induce á tenerlo todo en común: los goces, las penas, las riquezas, los vestidos, los adornos.

Amarnos todos, en fin, como quiere Jesucristo, es decir, ser los unos para el alma de los otros, lo que es para *el alma de un desconocido* el misionero que lo deja todo por instruirla, purificarla y santificarla; lo que era san Vicente de Paúl para los huérfanos, los culpables, los desamparados; lo que es la Hermana de la Caridad para todos aquellos á cuyo lado la envía la obediencia; lo que ha sido Jesucristo, que ha dado su sangre y su vida por nosotros; lo que es todavía este divino Salvador, que mientras nosotros olvidamos sus beneficios y nos servimos de sus dones para ofenderle, él continúa amándonos, sufriendonos, previniéndonos, buscándonos, y apenas ve las primeras demostraciones de un arrepentimiento sincero está dispuesto á devolvernos su amistad y sus más íntimos favores.

¡Oh sí, esto sería demasiado hermoso!

Y, sin embargo, ¿no es esto lo que quisiera el buen Dios? ¿No es esto lo que toda joven que, estando en el mundo, aspira á ser religiosa cree encontrar en el convento en donde quiere encerrarse? ¿No es esto lo que *se propone ser* para las compañeras que Dios le da? Ha estudiado la vida religiosa al pie del tabernáculo, ha meditado las enseñanzas de Jesucristo y de los santos, y está de tal manera convencida de que este espíritu de caridad y de abnegación forma la esencia de la vida religiosa, que re-

nunciaría á ella si pudiera sospechar que allí no se aman como quiere Jesucristo.

No hay duda que cuesta *un poco de fatiga* el sacrificarse continuamente y ser para todos como una verdadera madre y una verdadera hermana; cuesta *alguna pena* el dominar continuamente el amor propio, y considerarse y obrar como la sierva de todos; mas, ¡ay, cuán largamente serían recompensadas esta fatiga y esta pena!

He aquí las recompensas que ya aquí, en la tierra, da Dios á las almas que se entregan á la *práctica de la caridad fraterna*.

Con ella llegan á ser *buenas*, llegan á ser *felices*, llegan á estar íntimamente *unidas entre sí*.

## I

### La práctica de la caridad nos hace buenos.

La religiosa que se dedica á la práctica de la caridad fraterna se hace *realmente buena*, es decir, siente una necesidad irresistible de hacer bien, aun cuando no espere ninguna correspondencia; de excusar los defectos de sus compañeras, de interpretar las acciones que podrían ofenderla de la manera menos desfavorable; de perdonar de buen grado; de castigar siempre con pena cuando es preciso castigar; en una palabra, de poseer todo lo que en la tierra puede hacerla más semejante á Dios.

Efectivamente. Dios no es *tan bueno* para con nosotros hasta el punto de ser llamado el *Ser bueno* por excelencia, el *solo bueno: nemo*

*bonus nisi solus Deus*, sino porque es la *caridad misma*. Dios es todo bondad porque es todo caridad.

Lo mismo se dice de Jesucristo, y en proporciones diversas de María, de los ángeles y santos que están en el cielo y de los que viven todavía en la tierra; la caridad es lo que los ha inducido y los induce todavía á tantos sacrificios, á tantas liberalidades, á tantos servicios de todas clases con que han llenado todas las horas de su vida.

De todos puede y debe decirse: *Son buenos*.

Dios, dice Bossuet, cuando formó el corazón y las entrañas del hombre, puso primeramente la *bondad*, como carácter propio de la naturaleza divina.

Este es aquel *fondo* de bondad; aquella *mina* inagotable, puesto que es divina, que la *caridad beneficia*, por decirlo así, y de la que saca á cada instante del día un nuevo acto de bondad.

Si durante algún tiempo no rehusáramos nunca hacer con sencillez los actos de caridad que se nos ofrecen, acabaríamos por ser de tal manera *buenos*, que la bondad se sobrepondría á nuestra naturaleza y, sin hacernos violencia, no podríamos menos de ser para todos como una *pequeña Providencia*. Entonces seríamos generosos, serviciales, indulgentes, corteses, desinteresados, obedientes á nuestros superiores, conciliadores con nuestros iguales; entonces excusaríamos sin esfuerzo, nos interesaríamos por la suerte de los demás, procuraríamos tributar honor á los que nos rodean; entonces

estaríamos ávidos de hacer bien, sobre todo al alma de los que viven con nosotros, oraríamos con verdadero placer y santa alegría por su conversión ó su perseverancia; entonces aplicaríamos á los actos de nuestra vida todas las palabras de Jesucristo y de san Pablo, sin pensar siquiera que son mandamientos que nos ordenan la unión, la paz, la concordia, el perdón, la compasión, la misericordia, la alegría, la abnegación, todo lo que pueda hacernos semejantes á Jesucristo en sus relaciones con los hombres; entonces comprenderíamos, aunque sin flaqueza y sin fatuidad, estas palabras del filósofo: *Para ser siempre bastante bueno es preciso algunas veces serlo demasiado*.

## II

### La práctica de la caridad nos hace felices.

La religiosa que se entrega á la caridad fraterna se hace feliz:

1. Porque tiene seguridad, y seguridad cierta, fundada en la palabra de Jesucristo, de que todo lo que haga con sus hermanas, Dios *lo hará por ella*; que todo lo que desea para sus hermanas, aun cuando no pueda realmente hacerlo, Dios *se lo hará á ella*.

La caridad fraterna tiene un admirable poder; nunca trabaja en balde, aun cuando no obtenga lo que quiere; *el mérito* es para el que ha procurado hacer bien aunque no lo haya conseguido, y en el cielo los santos serán recompensados hasta del bien que hayan hecho

á las almas que se han condenado á pesar de sus auxilios. Así es como un superior que pone todo su celo en hacer practicar la regla tiene el mismo mérito, ya sea que sus religiosos le escuchen ó que no le escuchen. Así la religiosa que se esfuerza en hacer bien á su prójimo, edificar, prestar algún servicio, será recompensada por cada uno de esos actos que ha hecho, aun cuando aquí en la tierra ninguno de esos actos haya tenido buen éxito.

Con estos pensamientos, ¿cómo no vivir continuamente con paz y alegría? ¿Cómo no esperar el perdón de los pecados cuando con tanto gusto se perdona? ¿Cómo no tener seguridad de obtener todas las gracias que se piden, cuando una misma no rehusa ninguna petición de cuantas se le hacen? ¿Cómo, sobre todo, no morir en paz, considerando que va á ser juzgada por Jesucristo, que ha dicho: «*Seré para tí lo que tú hayas sido para los demás?*»

2. La religiosa caritativa es feliz, porque si todas y cada una de las hermanas con quienes vive se entregan como ella á esta práctica tan dulce y tan meritoria de la caridad fraterna, la comunidad será un verdadero Paraíso. Escuchad la encantadora relación que hace san Euquerio de una casa en donde reinaba la caridad:

«¡Qué reunión de santos he visto en mi amable desierto de Lerins! Cada uno de ellos era como un vaso de alabastro, del que se exhalaban suaves fragancias; se aspiraba en aquel cielo un suave olor de vida. La belleza del hombre interior brillaba en su exterior; la ca-

ridad los unía; se abatían por humildad; la mansedumbre acompañaba su piedad, y la firmeza más inquebrantable iba unida con su esperanza. Si los encontrabais, veíais siempre la modestia en su andar, un filial apresuramiento en su obediencia, el silencio en sus labios, la serenidad en su frente, y en la pacífica dignidad de sus movimientos contemplabais con delicia una imagen del orden que reina en los ejércitos celestiales.»

3. La religiosa caritativa es dichosa, aun cuando sea *sola* en entregarse á la práctica de la caridad. La virtud de la caridad fraterna encierra una suavidad que no se halla en ninguna otra virtud, porque el corazón ha sido creado para amar y para sacrificarse, y cuando ama y se sacrifica está satisfecho; *cuando se ama*, dice san Agustín, *no se padece, ó si se padece se ama el padecimiento*. La madre, imponiéndose para con su hijo los más duros sacrificios, experimenta una felicidad *enteramente natural* en padecer por él. A esta satisfacción que da la naturaleza, la gracia añade, cuando se obra sobrenaturalmente, una satisfacción celestial. He aquí por qué Jesucristo dice que *el yugo de su ley es suave y ligero*. La ley del Señor es ley de amor, y lo que se hace por amor se hace con verdadero contento.

Y esta felicidad, debida á la caridad, se revela en la radiante expresión del rostro, en la afabilidad de la palabra, en el gozo íntimo del corazón, que, según la bella expresión de los libros santos, está *en perpetuo festín*.

Y esta felicidad mata el *fastidio*, que es he-

rencia de los corazones llenos de sí mismos y olvidados de los demás. Mata la *melancolía*; ese estado del alma llena de nubes que impiden la ilumine el divino sol, y permiten al demonio que se insinúe y deslice entre las sombras sus pensamientos sensuales.

Ser feliz es el estado habitual del alma generosa, y el corazón que es feliz muy fácilmente hace felices á los demás. El gozo verdadero, el gozo que sale del corazón, es por su naturaleza muy comunicativo.

### III

La práctica de la caridad hace que las almas se unan entre sí.

Esta práctica hace reinar en la comunidad *el espíritu de familia*, que es para las almas que viven juntas lo que es el aire para los pulmones, lo que es el calor para los miembros; *el espíritu de familia*, que hace que todo el mundo esté bien, que se pida fácilmente un favor, y que se acepte con gusto un acto de cortesía, que permite dar sencillamente un aviso, y que sin aspereza ni enojo acepta una reconvención.

Este espíritu de familia vive *de expansión*, es decir, de la facultad que tiene cada uno de *dar, de recibir, de pedir*, con la misma sencillez é ingenuidad.

Vive *de confianza*, no poniendo en duda jamás los sentimientos afectuosos y generosos de aquellas á quienes con tanto placer como ver-

dad llama *madre mía, hermanas mías*; porque se vive con el sincero propósito de no querer hacer daño á nadie y en la convicción de que nadie se lo quiere hacer.

Vive sobre todo de *reconocimiento*. Nada tan bueno en una comunidad como la idea de que los que están con nosotros nos han hecho bien y quieren hacérselo; nada tan dulce como el habitual recuerdo de todas las atenciones que hemos recibido de nuestras superiores y de todas nuestras hermanas.

¡Oh, sí! Muy bien se vive así, en una atmósfera de benevolencia, en medio de seres queridos, escogidos por el mismo Dios, que en cierta manera hacen profesión de aprovechar todas las ocasiones de ayudarse y servirse mutuamente, y con quienes se puede contar en la vida y en la muerte.

Pues bien, religiosas, ¡esa atmósfera es la vuestra!

Vivid, pues, felices, amando á Dios y amándoos mutuamente con todas las fuerzas de vuestro corazón.

No os fijéis ya en esos defectillos de carácter, que, cuando se ama, se disimulan tan fácilmente como las fealdades del rostro; no hagáis ya tanto caso de esas palabras picantes, dichas sin intención, de esas faltas de consideración, que provienen de falta de costumbre; mirad el corazón que es bueno, mirad sobre todo al alma, en donde habita el Espíritu Santo, adonde Jesucristo ha venido tal vez hoy mismo, y adonde volverá mañana otra vez.

Dad mucho, recibid mucho; que entre Jesu-



cristo y vosotras, y entre vosotras mismas, haya perpetuamente una cuenta de beneficios que no se salde jamás.

Piense cada una de vosotras que ella *ha recibido más* de sus hermanas de lo que les ha dado, y viva, por consiguiente, en un perpetuo estado de reconocimiento afectuoso y generoso.

Es muy dulce *deber siempre* á los que se ama, y trabajar siempre por pagar la deuda.

## IV

Letanías de la bondad y de la abnegación.

Para que os sirva de oración cotidiana ponemos aquí la siguiente página, tomada de *Las pajitas de oro*:

«¡Oh, Jesús, que vivís en la Santa Eucaristía, pero que vivís sin aquellas palabras, sin aquella actividad, sin aquella vida material que impresiona los sentidos, y no podéis, por consiguiente, hacer *sentir* á los hombres, como lo hacíais en los días de vuestra vida mortal, vuestra bondad y vuestra misericordia! Jesús, que deseáis, sin embargo, que los hombres *sientan* vuestro amor: yo vengo á ofrecerme á Vos, á fin de que, penetrando en mí, y residiendo en cierta manera en mí, os dignéis servir de *cada uno de los miembros de mi cuerpo, y de cada una de las facultades de mi alma*, para hacer bien á los que amáis, y á quienes lo hacíais en otro tiempo en la tierra cuando estabais visiblemente con ellos.

\* \*

»¡Oh, Jesús, que, abandonado de todos en el huerto de los Olivos, tuvisteis necesidad de ser aliviado, confortado, reanimado! Jesús, que sabéis que hay en esta hora almas que, como Vos, no tienen ya en la tierra ni apoyo, ni fuerza, ni consuelo, enviadles un ángel que derrame sobre ellas un poco de alegría y un poco de paz. ¡Oh, si yo fuese este ángel! ¿Qué es lo que debo padecer para serlo, dulce Jesús? Si se necesita de una pena interior ó un dolor exterior para hacer de mí durante algunos minutos el ángel consolador de una alma desolada, ¡oh!, cualquiera que sea la amargura de esa pena y la intensidad de ese dolor, yo os lo pido, ¡oh Jesús mío!

\* \*

»¡Oh Jesús, que buscáis *labios* para decir á las almas el amor que les tenéis; *labios* para recordar á los *pobres*, á los *desvalidos*, que no están abandonados; á los *culpables*, que no son rechazados; á los *tímidos*, que no les falta protección! Jesús, tomad mis *labios* sin que yo lo advierta, si es de temer que la vanidad mallee lo que no viene sino de Vos; dadme que sepa decir ó escribir palabras de fortaleza, palabras de amor, palabras de benevolencia y de perdón. Haced que mire como perdido el día que haya pasado sin hablar de vuestra bondad, sin haber reanimado ó fortificado á una alma, sin haber hecho pronunciar con sentimiento de amor vuestro nombre bendito, á lo menos por la boca de un pequeñuelo.

\* \*

»¡Oh, Jesús, tan *paciente* con los que os molestaban con sus impertinencias, y os cansaban con su ignorancia y su ineptitud para comprender vuestras palabras! Jesús, tan *bondadoso* para repetir las mismas lecciones, para esperar la hora de la gracia, para no humillar á los que, al parecer, no hacían ningún caso de vuestras doctrinas; Jesús, hacedme *paciente* para *escuchar*, *paciente* para *instruir*, *paciente* para *volver á empezar* tres veces, cuatro veces, diez veces, las mismas enseñanzas. Hacedme *fuerte* para mostrar siempre rostro afable, aun cuando la importunidad de una visita me hiciera sentir su pesadez; y si la flaqueza de mi temperamento dominara mi voluntad, si yo dejara traslucir el fastidio ó el cansancio, dadme, ¡oh Jesús!, que sepa reparar inmediatamente con palabras afectuosas la pena que hubiera podido causar!

\* \*

»¡Oh, Jesús, que con delicadeza infinita esperabais, sentado en el borde del camino, la ocasión de hacer el bien; que pedíais sencillamente á Vos el alma de aquella pobre Samaritana, á quien queríais salvar! Jesús, dadme que sepa *adivinar* los dolores que unas veces la timidez, otras muchas el temor, y aun cierta delicadeza exagerada hacen ocultar en las profundidades del alma; dadme aquel saber sencillo, animoso, pero al mismo tiempo discreto, que se insinúa sin herir, que pregunta sin las-

timar, y que, sin humillar, derrama suavemente el aceite y el vino sobre la llaga que ha descubierto.

\* \*

»¡Oh, Jesús, que buscáis un *dispensador* fiel de vuestros *tesoros materiales* y de esos goces exteriores, reflejo de los goces inefables del cielo! Dadme, dadme mucho para que yo dé mucho; tomad *mis manos* y haced de ellas las dispensadoras de vuestras limosnas; tomadlas también ¡oh Jesús! para que estén como lo estaban las vuestras cuando lavabais los pies de vuestros Apóstoles, *á la disposición de todos, trabajando por todos, ayudando á todos*. Haced que no olvide jamás que, como Vos, estoy en la tierra *para servir, no para ser servido*. Tomad también mis *labios* para que derramen en los corazones *las graciosas palabras que recrean y las sonrisas que regocijan*. Sea yo ¡oh Jesús! como *la fuente* colocada junto al camino, en donde todos los viajeros pueden beber á toda hora; sea yo como el *árbol* que crece en los linderos, que no pertenece á nadie y es de todo el mundo, que á todos, y en todo tiempo, ofrece sus ramas dobladas bajo el peso de sus frutos, que Vos le habéis prestado para los demás.

\* \*

»¡Oh, Jesús, que amáis con pasión á las almas, y á quien ni las formas exteriores, gra-

ciosas ó repugnantes, ni el carácter ligero ó inquieto, suave ó irascible, hacen perder de vista jamás que esas almas, aunque ocultas bajo un grosero velo, son las hijas amadas de Dios! ¡Oh! Dadme, en mis relaciones con todos los que me rodean, dadme la gracia de no ver más que á su alma, de no amar más que á su alma, de no hacerles bien sino en consideración á su alma, por la cual habéis muerto, ¡oh Jesús!, y que, como yo, puede con toda verdad llamarse *Padre mío*, y con quien debo vivir feliz durante toda la eternidad, en vuestra compañía y en la intimidad de vuestro corazón.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## ÍNDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN

### PARTE PRIMERA

	Páginas.
Introducción.....	7
División de esta primera parte.....	11

#### CAPÍTULO PRIMERO

Fin del estado religioso.

I. <i>Procurar la gloria de Dios.</i> —Para lograr este fin el alma debe:	
1.º <i>Apartarse del pecado.</i> —De las ocasiones de pecar.—Del mundo.—De los negocios materiales.—De los afectos más legítimos de la familia.—Y por último de si misma.....	14
2.º <i>Consagrarse á Dios.</i> —Ser en sus manos como un cáliz.—Como una hostia.—Como un instrumento.....	18
II. <i>Aspirar á la perfección.</i> —Para lograr este fin el alma tiene:	
1.º <i>La práctica de los consejos evangélicos.</i> —	
2.º <i>El apoyo de la regla</i> .....	22
III. Conclusiones prácticas:	
1.º Relaciones del alma con Dios.....	25